
Alberto Salcedo Ramos*

Elogio del boxeo



Alberto Salcedo Ramos

E

n principio, una razón visceral: me encanta el boxeo porque estoy habitado por un bárbaro que disfruta viendo cómo dos hombres se muelen la osamenta a puñetazo limpio.

Crecí en un pueblo del caribe –Arenal, Bolívar– en el que pelearse a trompada física era muy común. Se usaba para resolver los conflictos personales, antes de que se tornaran irreparables. Hasta nuestros propios padres nos preparaban el escenario para que nos aporreáramos, cuando veían que estaban surgiendo entre nosotros antagonismos peligrosos.

Puedo jurarles con la mano sobre *la Biblia* que jamás hubo un muerto en aquellas reyertas. Ni siquiera, un hospitalizado. Vi sí muchos dientes volados, muchos pómulos tumefactos y con la gama de colores del arco iris, y muchas narices enrojecidas. Semejantes golpizas eran el

Elogio del boxeo

precio que había que pagar para que dos enemigos pudieran convivir sin matarse. Al final no se imponía la razón sino la fuerza, de acuerdo. Pero se aceptaba, de una vez y para siempre, la diferencia. Sé de otras comunidades que arreglan sus problemas a cuchilladas o a plomo, justamente por no tener los arrestos ni la sabiduría boxística para darse un buen par de puñetazos.

En un pueblo como Arenal, que no tenía montaña rusa, ni cine, ni heladería, las camorras cumplían, además, una función recreativa importante. Era como si sus protagonistas fueran conscientes de que debían inmolarse de vez en cuando, para regalarnos al Kirk Douglas y al Burt Lancaster que nunca tuvimos. Por eso, hasta las mujeres se asomaban por las ventanas para ver aquello. Y cuando dos hombres se encendían a golpes, no decíamos que habían peleado sino que habían "alegrado la calle".



De modo, pues, que yo me alegro desde niño cuando hay peleas. Todos los que pertenecemos a esta cofradía tenemos, como bien lo analiza el periodista John Schulian, algo de *voyeristas*.

Al boxeo le debo, además, algunos de mis recuerdos más preciosos: las piernas de Bernardo Caraballo, siempre en trance de levitación; la belleza del gancho zurdo de Joe Frazier, una jabalina que de pronto se convertía en relámpago; el movimiento del tronco de Pernell Whitaker, expresión sublime del engaño, o el *jab* de Kid Pambelé, una mezcla de zarpazo de pantera con luz de bengala. La egolatría delirante de Mohammad Alí me parece una puesta en escena del Quijote. Y la plasticidad de Sugar Ray Leonard se me antoja un guiño a la cintura prodigiosa de Josephine Baker.

Dos boxeadores intercambiando golpes en un ring son menos agresivos y; sobre todo, más limpios que ciertos políticos. Se enfrentan cuerpo a cuerpo y no se atacan por la espalda, ni se dan patadas por debajo de una mesa. Sus únicas armas –valga decir, sus puños– están a la vista de todo el mundo.

El boxeador usa guantes para no lastimarse los nudillos mientras se gana el pan, no para borrar las huellas de un delito que no le pertenece. Otra sería la suerte de mi país, Colombia, si los comandantes de los grupos violentos, en vez de embestirse a traición entre ellos y de arremeter cobardemente contra nosotros, tuvieran que exponer su propio pellejo matándose a trompadas.

Como si fuera poco, el boxeo actúa como una bolsa de empleo para muchachos pobres que, de otra manera, no tendrían ninguna oportunidad de sobresalir y sacar adelante a sus familias. Sin el boxeo, Pambelé y Monzón habrían sido delincuentes.

Rodrigo Valdez, ese gran campeón, no necesitó aprender a leer para descubrir que el primer ring, de todos modos, es la vida misma, que le impone sacrificio y dolor a la gente de su clase. Barry McGuigan, un carnicero iluminado, lo dijo mejor: el boxeo es una oportunidad para quienes no pueden ser poetas, para quienes no saben contar historias.

* *Alberto Salcedo Ramos*

*Escritor y Periodista galardonado internacionalmente.
Docente Universidad Javeriana.*

